

Capital social en acción, un caso de la Ciudad de México*

Mario Ortega Olivares**

La globalización también tiene su utopía

Desde una visión optimista del nuevo milenio, Víctor Pérez-Díaz (2000) considera que tras el triunfo del capitalismo neoliberal, asistimos a la emergencia planetaria de un orden dinámico que poco a poco nos involucrará a todos. Según su utopía, dicho orden será compatible con los múltiples órdenes de libertad que brotan por doquier; tendencia manifiesta en el debilitamiento de la autoridad, en los grupos pequeños, en las formas blandas con que se ejerce la autoridad familiar, en el abandono del autoritarismo en la educación y en la forma transparente de gestionar las empresas. Asimismo, en la aparición en todos los órdenes de la vida de formas rizomáticas en la toma de decisiones, que debilitan las rígidas estructuras de partidos y sindicatos; así como en la

* Conferencia Internacional *Democratización, Gobernanza y Bienestar en las Sociedades Globales*, Instituto Internacional de Gobernabilidad de Catalunya, Barcelona, noviembre de 2003. Pilar de la conferencia: repensar el concepto de *bienestar* o, mejor, las “culturas del desarrollo”.

** Profesor-investigador. Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco. Dirección electrónica: orom3192@correo.xoc.uam.mx

emergencia de una *sociedad civil internacional* integrada por asociaciones que no son ni estatales ni mercantiles.

Desde un punto de vista alterno, Beneyto (1997:70) advierte del riesgo inmanente en la *destrucción creadora* neoliberal que deconstruye al Estado keynesiano, pero sólo genera realidades fragmentarias carentes de un sentido unificador. Sostiene que los tres principios de la racionalidad neoliberal: el libre comercio, la desregulación y la eficiencia financiera, son incapaces de superar su producción de realidades sociales inconexas.

Regresemos con Pérez-Díaz, quien se pregunta si tras la globalización, los latinoamericanos continuaremos adheridos a la tradición occidental o si buscaremos otra alternativa. El autor apuesta a favor de la vía occidental, pues reconoce en ésta un sesgo *radical* a favor de la libertad individual. Huntington lanza un reto a todas las demás civilizaciones para que se reformen y adopten el camino europeo (Pérez-Díaz, 2000:11), pues desde su punto de vista, Occidente asegura al individuo las máximas oportunidades para el ejercicio de la libertad. La virtud de la difusión global del modelo occidental sería para este autor la creación de un *mundo de gentes capaces* de resistir las formas despóticas del poder en sus propios países. Sin embargo, Pérez-Díaz (*Ibid.*) reconoce que el orden neoliberal ni termina con la pobreza ni resuelve los grandes problemas mundiales. Pero lo defiende por proporcionar el marco de relaciones desde el cual cada individuo puede o no resolver sus problemas. Encomienda a la política la misión de lanzar a la competencia las “diversas iniciativas encaminadas a resolver los problemas de la desigualdad, la pobreza, la marginación o la exclusión”. Pese al optimismo de fin de milenio enarbolado por Pérez-Díaz, su utopía neoliberal resulta poco atractiva para los latinoamericanos, pues a cambio de la imposición global de la lógica de mercado occidental, no nos ofrece más que una simple arena para poner a competir las buenas intenciones.

Economía y ortodoxia

En su artículo “Cultura y desarrollo económico”, Rao Mohan, académico de la Universidad de Massachusetts, califica como ortodoxos a aquellos economistas que enarbolan un liberalismo económico, basado en un esquema rígido y uniforme de políticas públicas e instituciones económicas (Mohan: 1), pues ellos lo aplican tanto en los países ricos como en los pobres, sin importar sus diferencias económicas bajo el supuesto de que todos los países recibirán beneficios máximos cuando los mercados se liberen de todo tipo de intervencionismo o traba reglamentaria. De Lucas advierte que el neoliberalismo ortodoxo (Lucas de, 1998:3) impone un orden global basado en la

libre circulación del capital y el desarrollo de los elementos institucionales del libre mercado, que provocan una redefinición del Estado y sus funciones.

Autores como Stiglitz (1998) han criticado a los ortodoxos del Consenso de Washington, porque enfocaron la privatización y la liberalización comercial como fines y no como medios para promover un crecimiento equitativo y sustentable. Debido a su obsesiva preocupación por la estabilidad en los precios, descuidaron el crecimiento y la estabilidad productiva. El incremento del producto interno bruto se convirtió en su dogma e ignoraron los índices de nutrición, salud, educación. El propio Banco Mundial *considera que una de las debilidades del Consenso de Washington, fue que con una sola excepción (la protección de los derechos de propiedad), las prescripciones ignoraron el rol potencial que los cambios en las instituciones pueden jugar en acelerar el desarrollo económico y social* (Kliksberg:5).

La liberalización comercial fue promovida como una fuente de crecimiento para todos (Cornia:2), pero demostró en los hechos su potencial para generar macroinestabilidad, como lo han demostrado las crisis económicas sufridas por las economías latinoamericanas y del sudeste asiático (Kliksberg:4). Las presiones globales indujeron a las naciones latinoamericanas a aplicar reformas estructurales, orientadas al fortalecimiento de los mercados y a la apertura económica, desatando procesos de alta inflación que incrementaron la pobreza y la desigualdad (Pando:1).

Mercado y egoísmo

El efecto positivo de los acuerdos de integración económica ha sido limitado, la globalización por sí misma no ha logrado generar los logros económicos y sociales esperados. Supeditar las decisiones económicas a los requerimientos del mercado impide cumplir con las políticas sociales. Dani Rodrik asegura que la gobernabilidad de las naciones no puede surgir del mercado, sino del ejercicio de una democracia que incluya libertades civiles y políticas, además de la participación ciudadana necesaria para asegurar la estabilidad y sustentabilidad económica (Rodrik:1).

El crecimiento macroeconómico conseguido por medio de las reformas neoliberales ha debilitado la solidaridad en nuestras sociedades, el egocentrismo ha disminuido la responsabilidad personal, cada quien sobrevive como puede. Ese individualismo desesperado socava los lazos sociales y la vida ciudadana. Presenciamos la crisis del derecho a tener derechos (Calderón:12). Con el neoliberalismo vivimos en la incertidumbre, los puestos de trabajo son precarios, el mercado laboral incierto, la educación ya no asegura la movilidad social, todos temen caer en la pobreza. La lógica del mercado induce a los individuos a actuar en forma egoísta frente a un entorno desfavorable, en el que la consigna es "sálvese el que pueda".

Globalización y pobreza

Para Rao Mohan, el neoliberalismo económico proclamado como la única vía, no es sino “la única causa del malestar general que suscita la globalización” (Mohan:1). Las reformas neoliberales han dejado tras de sí “un mundo uniforme poblado por hombres y mujeres unidimensionales, que han perdido su potencial creador y capacidad de adaptación”. En las naciones desarrolladas la globalización adelgazó los contratos sindicales y desmanteló el Estado de bienestar de orientación keynesiana. Y en las naciones subdesarrolladas, además de generar pobreza, la crisis fiscal priva a los Estados de los recursos necesarios para una modernización endógena.

Según Ribotta (Ribotta:5), a partir del Consenso de Washington, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio, marcaron los ritmos y las decisiones económicas a escala global, mismas que fueron aplicadas con prolijidad por las elites de los países pobres, “siempre en beneficio de los países ricos”. Se impuso en el mundo un modelo neoliberal caracterizado por la disciplina macroeconómica, la liberalización comercial, las privatizaciones y la desregulación de los mercados (Lasagna:2). Junto con las reformas neoliberales, los ortodoxos nos prometieron un “derrame de riqueza”, cuando alcanzáramos tasas significativas de crecimiento, los recursos se derramarían hacia los sectores más desfavorecidos, eliminando la pobreza. El crecimiento económico sería al mismo tiempo desarrollo social. Se suponía que las reformas neoliberales beneficiarían automáticamente a toda la sociedad, lo cual nunca ocurrió (Feo de la Cruz:1). La experiencia ha demostrado que no basta el crecimiento para solucionar la pobreza (Kliksberg:6). No se puede negar que la expansión económica es imprescindible, pero sus beneficios tienden a concentrarse en la elites y no llegan a los marginados.

Fleury comenta en un artículo, que por lo menos el cincuenta por ciento de la pobreza acumulada en los noventa es innecesaria, pues existen los recursos monetarios suficientes para eliminarla (en Vicherat:1-2). El problema de la pobreza en América Latina no es tanto de generación de riqueza, sino de distribución de la misma. A pesar de que la producción argentina de alimentos podría nutrir a 330 millones de personas, el 25 por ciento de su población infantil enfrenta un alto riesgo alimentario (Kliksberg:1). Detrás de la vigorosa economía mexicana, se encuentra un 40 o 60 por ciento de su población que sobrevive bajo la línea de la pobreza.

Las reformas estructurales transformaron la producción, pero desataron un alto desempleo, la reducción relativa del empleo formal, la pérdida de derechos laborales, la desafiliación a la seguridad social y el adelgazamiento de la burocracia (Pando:2), con la consecuente caída de los ingresos de los pobres y de las capas medias. En el caso de estos últimos, sus integrantes cayeron en las filas de los desamparados y constituyen hoy un nuevo tipo de actores sociales, los nuevos pobres.

La desigualdad social entre las regiones ricas y pobres de un mismo país y entre los países y las regiones latinoamericanas creció con el neoliberalismo (Calderón:7). Al tiempo que la producción mundial llegaba a 25 trillones de dólares, crecía la polarización social. Tan sólo 358 personas poseen más riqueza que el 45 por ciento de la población mundial (Kliksberg:3). En América Latina, el modelo neoliberal redujo a nuestras naciones a “sociedades de los dos tercios”, pues el restante treinta y cinco por ciento de la población sencillamente sobra, resulta prescindible (Martín:1).

Con las reformas liberales, el mercado expropió al Estado sus funciones de bienestar social, desmantelando las políticas sociales y limitando sus posibilidades de garantizar una calidad de vida adecuada. La estrategia neoliberal de focalizar la ayuda hacia los más necesitados, apenas ha amortiguado las consecuencias del radical ajuste económico. En la práctica sólo desvía la atención de las urgentes reformas sociales, hacia la atención de los síntomas más indignantes de la pobreza (Pando:3). Las organizaciones no-gubernamentales, pese a su activo compromiso, no han logrado ni lograrán sustituir las funciones de un Estado benefactor, cuya ausencia cada vez es más sentida.

En el mundo del libre mercado, 1 300 millones de personas sobreviven en la pobreza extrema, con ingresos menores a un dólar diario y otros tres mil millones cuentan con dos dólares diarios (Kliksberg:2). Los índices de pobreza, desempleo, analfabetismo, desnutrición y hambre están a la alza (Faría:5). Sin embargo, un sincero ortodoxo, como Víctor Pérez-Díaz (2000:6), considera que el incremento sustancial de la pobreza no se debe a la lógica de la globalización, sino a la corrupción e inercia de los gobiernos y a la debilidad de las instituciones locales.

Por su parte, Pando (2003:5) sostiene que no hay fundamentos teóricos suficientes para demostrar dos de las tesis centrales del neoliberalismo: a) que cuanto mayor es el Estado, más deficiente es el sistema económico; y b) que cuanto mayor es el gasto social, menor es el éxito económico. Hasta en el Informe del Banco Mundial de 1997 se reconoce que “sin el Estado el desarrollo sostenible... es imposible... el Estado es central para el desarrollo económico y social no como proveedor directo de crecimiento sino como asociado, catalizador y facilitador”. El informe acepta que tras la retirada del Estado de las funciones sociales, ocurrida en América Latina y otros países emergentes, se redujo la sustentabilidad política del crecimiento y se perjudicó el desarrollo social y económico.

La deuda externa está estrechamente relacionada con la pobreza. El Banco Mundial, en su informe de 1999, resaltó la necesidad de ligar el alivio a la deuda, con el refuerzo de mecanismos que fomenten el desarrollo y la reducción de la pobreza, aunque diversos especialistas como Joaquín Támara critican la falta de precisión en los mecanismos orientados a tales fines (Támara:3). La sincronía de las crisis económicas con las restricciones del gasto social demandadas por las agencias internacionales, ha dañado la cohesión social en América Latina (Yáñez:10).

Al exaltar la competitividad, la globalización tiende a socavar la capacidad de los Estados para mantener las disposiciones y los compromisos nacionales, lo que podría tener un efecto desestabilizador en el plano social. Existe la posibilidad de que la competencia sin trabas entre los mercados arruine el equilibrio social de los países, hasta el nivel de poner en riesgo la gobernabilidad de la propia globalización (Mohan:11).

Mohan considera que si los Estados de los países más pobres no intervienen estratégicamente sobre los mercados, estableciendo una gestión económica de largo plazo, no podrán aprovechar las oportunidades ofrecidas por la competencia. El Fondo Monetario Internacional, además de buscar el máximo flujo global de bienes y capitales, debe asegurar que todos los países prosperen sincrónicamente respetando sus propios contratos sociales (Rodrik:2).

Desarrollo y gobernabilidad

Ante lo extremo de las propuestas neoliberales promovidas por el Consenso de Washington, las agencias internacionales advirtieron la necesidad de garantizar la gobernabilidad, pero concebida como la simple capacidad de un gobierno para ejercer el poder y aplicar las reformas económicas. En la práctica, “los malos resultados económicos y la descomposición social, política e institucional ha generado una ola de críticas, incluso en el seno de los propios organismos multilaterales” (Saldomando:1). Como la ineficacia en la gobernabilidad ha sido un obstáculo al desarrollo económico y social, ahora se promueve que la opinión pública denuncie la mala administración gubernamental, exija la rendición de cuentas y el control de la corrupción.

Dispuestos a corregir sus limitaciones, pero sin renunciar a la desregulación de los mercados, los economistas del Banco Mundial recomiendan Estados dotados con instituciones inteligentes y con capacidad de conducción, abiertos a la observación de ciudadanos más participativos, decididos a promover nuevos contratos sociales, bajo la influencia del enfoque neoinstitucional de Douglas North. La segunda generación de políticas multilaterales promueve una gobernabilidad centrada en el impulso de las capacidades de gerencia y dirección flexible entre el gobierno, las instituciones y la sociedad civil (Saldomando:1).

Este enfoque establece límites entre el interés público y el mercado. Admite la existencia de diversos esquemas de economía de mercado, con cierta regulación, que eviten la mercantilización de todas las esferas de la sociedad para alcanzar una nueva gobernabilidad que consolide sociedades más integradas. En América Latina requerimos, además, un modelo de gobernabilidad alternativo, orientado a reforzar nuestras

propias energías sociales para reducir las carencias, mejorar la integración política y favorecer un manejo democrático del conflicto (Saldomando:2); un modelo social de gobernabilidad para el desarrollo, que disminuya las desigualdades y la pobreza; una gobernabilidad que va más allá de la capacidad para gestionar de manera eficiente los recursos públicos, orientada a mejorar la “calidad del sistema institucional para generar una acción colectiva positiva a fin de enfrentar los retos y desafíos del desarrollo” (Lasagna:1).

Crecimiento o desarrollo

Edgar Morin cuestionó el supuesto de que el crecimiento económico, científico y tecnológico es suficiente para remolcar el tren del desarrollo humano que sustenta la libertad, la democracia, la autonomía y la moralidad (Morin:1). El autor sostiene que el simple crecimiento económico genera pobreza material y pobreza del alma. El verdadero desarrollo, por el contrario, implica la integración, el diálogo permanente entre ciencia y humanismo. En coincidencia, Amartya Sen entiende el desarrollo como un proceso de expansión real de la libertad de las personas (Lo Biondo:1). Para José Juan Romero (en Martín:2) crecer sólo significa aumentar el tamaño, en cambio desarrollo quiere decir expandir las capacidades potenciales para alcanzar un estado más completo y mejor. Alonso distingue el simple crecimiento de la productividad, de un desarrollo que potencie la libertad efectiva (Alonso:1-2), porque somos más pobres cuando ni siquiera podemos soñar con una existencia más satisfactoria. Morin nos convoca a invertir la realidad, subordinando el desarrollo económico al desarrollo humano (Morin:3). Los anteriores argumentos, de ninguna manera ponen en duda la necesidad del crecimiento económico, pues entre más recursos tenga una nación, más es lo que se podrá redistribuir.

En un artículo del Banco Mundial titulado “La calidad del crecimiento”, se introduce una pregunta: ¿Por qué, si dos economías cuentan con la misma tasa de crecimiento del producto interno bruto, en una la pobreza se reduce y en la otra empeora? La respuesta es la desigualdad (Klikberg:1-2); si esta variable es pequeña se favorece el crecimiento y se posibilita que una vez generado llegue a los pobres. En cambio, en las sociedades latinoamericanas donde la desigualdad es alta, ésta traba el crecimiento e impide que los beneficios lleguen a los pobres. En 1986, Naciones Unidas aprobó la Declaración sobre el Derecho al Desarrollo, entendido como el derecho humano inalienable del cual deben participar y al cual deben contribuir todas las personas (Támara:2).

Bienestar humano

Según Amartya Sen, el sujeto del bienestar es el ser humano, pues el bienestar da cuenta de cómo se encuentra ese ser humano (Esquiza). Para que “el crecimiento signifique bienestar colectivo, debe haber simultáneamente desarrollo social” (Klikberg:6). No es suficiente la acumulación de riqueza para alcanzar un alto grado de bienestar, es necesario contar con las condiciones físicas, psíquicas y sociales para alcanzar la realización personal, incluyendo tanto pautas familiares, costumbres y tradiciones, como “mercados que definan quién y en qué condiciones se puede actuar” (Esquiza). Un enfoque del bienestar que supere la visión utilitaria de la satisfacción inmediata debe centrarse en las posibilidades de realización de los individuos, con el fin de ensanchar sus libertades para que pueda alcanzar una existencia digna de ser vivida (Esquiza).

Para alcanzar el bienestar humano debemos eliminar las principales fuentes de privación de la libertad como la pobreza, la tiranía, la escasez de oportunidades económicas y las privaciones sociales sistemáticas (Sen:11). De ahí la necesidad de políticas macroeconómicas y sectoriales que creen empleo, además de suministrar bienes y servicios para la mayoría como la educación, la salud, la seguridad social, incluyendo una cultura de la tolerancia y el respeto a los derechos civiles.

Desarrollo humano

El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, considera que el desarrollo humano no se limita al crecimiento económico, pues a pesar de ser un importante medio para alcanzarlo, no es un fin en sí mismo. Desarrollo humano significa oportunidades para todos, mayor y mejor calidad de vida, libertad, educación y cultura. El crecimiento económico sólo sirve al desarrollo humano si genera empleo, mejora los ingresos y ofrece recursos al Estado para cumplir sus funciones redistributivas (Programa Naciones Unidas, 2002:1); las metas técnicas son relevantes, pero tan sólo son medios al servicio de los objetivos finales de reducir la pobreza y la desigualdad (Klikberg:4). Amartya Sen valora más las capacidades humanas que sus rentas; la longevidad, la igualdad de género, el combate a la marginalidad y la pobreza, son más importantes que la acumulación de riqueza (Lasagna:2).

Según el Programa de Naciones Unidas, el desarrollo humano no sólo depende de la disponibilidad de capital económico, sino también de un capital social que pueda incrementar los logros materiales si promueve con eficacia las oportunidades de desarrollo de las personas (Programa Naciones Unidas para el Desarrollo:8). Si las personas pudieran afirmarse como productores autónomos de desarrollo, llegarían a constituirse en sujetos defensores de las relaciones propiamente humanas (Calderón:5). El desa-

rollo humano conjuga diferentes factores como la productividad, la equidad y la sustentabilidad para alcanzar los mejores usos del capital y sus posibilidades. Es necesario promover la organización, participación y agenciamiento de las personas, para que sus voces influyan sobre el contexto social y se permita el libre juego del capital humano. Sólo así los otros tipos de capital serán potenciados y crecerán las posibilidades de reducir la pobreza y las desigualdades.

El desarrollo humano también demanda el apoyo de bienes públicos abundantes, seguros y de calidad; la cooperación internacional para el desarrollo necesita que los gobiernos, la sociedad civil y las empresas cooperen para ofrecer bienes públicos a escala global.

Desarrollo sustentable

Pero el desarrollo humano debe acompañarse de un desarrollo sustentable capaz de satisfacer las necesidades presentes, sin comprometer las necesidades de las futuras generaciones (Oriol:2); ellas deberán contar con los recursos naturales suficientes. El énfasis neoliberal en maximizar la riqueza, ignora los efectos que la producción extensiva tiene sobre la naturaleza y la humanidad (Oriol:2).

Cultura y desarrollo

La cultura y el capital social son las claves olvidadas del desarrollo, a pesar de ser palancas formidables para alcanzar dicho fin (Kliksberg:1). La Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la Unesco, define la cultura como las *maneras de vivir juntos*, la concibe como un conjunto de valores y costumbres que constituyen la identidad de las personas. Una cualidad de la cultura, el ser un *factor decisivo de cohesión social*, será de nuestro interés por ser la base misma del capital social que podemos invertir para el desarrollo, rasgo olvidado por quienes se empeñan en separar la economía de la cultura (Calderón:2). Reconocer la potencialidad de la cultura como palanca del cambio social, no la reduce a un simple instrumento del crecimiento económico. La cultura es valiosa en sí misma por dar sentido a nuestra existencia (Alonso:2); todas las expresiones del desarrollo están determinadas por factores culturales. Resulta equivocado concebir la cultura y el desarrollo como entes separados, porque ambos son de la esencia de un pueblo (Alonso:7).

Cuando la globalización es pluritemporal y la multiculturalidad es muy compleja (Calderón:19), no podemos ignorar que las culturas no son monolíticas ni que la cultura hegemónica tiende a excluir a los pobres.

Desde la óptica de los economistas ortodoxos, se ha puesto a la cultura en un segundo plano, como una actividad que consume recursos pero no ofrece ganancias. Y desde el ángulo opuesto, los promotores culturales siempre han rehuído el mundo del dinero (Kliksberg:20). La economía no ha podido reconocer que los saberes acumulados, las tradiciones y las costumbres autoorganizativas y de apoyo mutuo son factores culturales que pueden impulsar los programas sociales y económicos.

El centro de gravedad del concepto de *desarrollo* se ha desplazado de lo económico a lo social, hemos llegado a un punto en que esta mutación comienza a abordar lo cultural. Para el director general de la Unesco, "El hombre es el medio y el fin el desarrollo, no es la idea abstracta y unidimensional del *Homo economicus*, sino una persona humana en la infinita variedad de sus necesidades, posibilidades y aspiraciones" (Rey, s.f.). El desarrollo entendido desde la perspectiva cultural, además de lo económico, político y social, da cuenta de un proceso de transformaciones de las relaciones interpersonales e intergrupales, en vías a su emancipación del deseo de dominación y marcadas por el principio de hermandad y cooperación.

Son diversos los aspectos de la cultura de un pueblo o grupo que pueden favorecer su desarrollo integral. Las nuevas tareas del desarrollo podrán ser más eficaces si somos capaces de descubrirlas y potenciarlas (Iglesias:1). Posición coincidente con la de Lourdes Arizpe, para quien el replanteamiento de la agenda del bienestar será más eficaz si logramos descubrir los rasgos culturales que promueven el desarrollo, para impulsarlos y apoyarnos en ellos. La promoción del desarrollo debe interactuar con los componentes culturales del capital social como la confianza, la etnicidad, la identidad, la comunidad y la amistad (Arizpe:6), porque la miopía del mercado, la competencia y la utilidad han alterado el delicado equilibrio entre dichos factores, agravando las tensiones culturales y expandiendo la incertidumbre.

Si la cultura florece en la libertad, la libertad cultural es propia de la comunidad y a la vez la base misma de la libertad individual. Las comunidades humanas libres protegen sus estilos de vida, eligen sus valores, despliegan su creatividad. De ahí la importancia de las políticas de participación y empoderamiento de las propias comunidades de pobres en los programas de desarrollo.

Globalización y cultura

La globalización no se ha reducido a la integración de los mercados, la desregulación económica y el adelgazamiento de los Estados; también ha implicado el debilitamiento del tejido social y de las redes de comunicación del espacio privado, cambios que han influido y son influenciados por la cultura. La globalización económica ha favorecido el intercambio planetario de informaciones, ideas, creencias y valores, desatando una

enorme influencia sobre las culturas locales (Mohan:1). El aislamiento cultural en la actualidad es imposible; todos los pueblos y culturas resienten la voráGINE de cambios en el mundo de las mercancías. En un mundo de gran diversidad cultural no es extraño que las culturas influyan entre sí, los países desarrollados imponen a los subdesarrollados su propia cultura local, destruyendo las diferencias culturales y sus formas de vida (Ribotta:3). La fuerza para resistir este genocidio cultural la encontrarán los pueblos en su pasado, pero no encerrados en él, sino reconstruyendo su identidad bajo el nuevo entorno.

Homogeneización y heterogeneidad cultural

En la *Aldea global* de la posmodernidad, las telecomunicaciones reducen las distancias físicas entre los pueblos y acortan sus distancias culturales. La televisión y la red informática transmiten mensajes, valores y deseos en tiempo real, hasta al último rincón del planeta. Bajo el principio weberiano de que la ética protestante favorece el avance del capitalismo, se promueve la occidentalización de los países subdesarrollados, en los cuales “al igual que desaparecen muchas lenguas locales, se abandonan también modos de vida tradicionales: las comidas rápidas, estilo occidental, sustituyen los hábitos alimentarios locales; las marcas occidentales como Coca-Cola o Levi’s suplantando los productos locales; la música pop y las formas de diversión norteamericana dejan sin trabajo a los artistas locales, cuyas habilidades se pierden” (Mohan:9). La globalización borra las diferencias culturales, homogeneiza la pobreza y la incertidumbre, además de desestructurar identidades e historias. La homogeneización cultural tolera todo e incluye todo, porque destruye la especificidad de todo elemento que absorbe (Pérez-Díaz:8, BID Globalización). El neoliberalismo impone a los pueblos el modelo de la civilización occidental (Fariñas:9). Vivimos la globalización exitosa de un limitado localismo norteamericano conocido como *Mc Donalización*. La homogeneización cultural amalgama escenarios culturales y borra diferencias, crea la ilusión de unificación, pero en realidad nos diferencia en aquello que debería igualarnos, en nuestro derecho a vivir como seres humanos (Ribotta:1). Todo se está globalizando menos la buena calidad de vida.

Bajo el brutal bombardeo informático de valores occidentales, las culturas periféricas latinoamericanas procesamos un nuevo sincretismo, como respuesta a un mercado cultural global que tiende a homogeneizar los bienes simbólicos, los gustos y las aspiraciones de consumo. Se manifiesta una tendencia contraria, que decodifica los bienes culturales hegemónicos a partir de la singularidad de las sociedades subdesarrolladas. Ante la homogeneización cultural debemos comprender, desde una perspectiva cosmopolita, que no puede haber una cultura dominante que piense por los demás e imponga lo que considera correcto.

Un diálogo intercultural sobre la dignidad, el valor de la vida y la esencia humana, sin duda enriquecerá la cultura de todos y nos permitirá recuperar la heterogeneidad en la homogeneidad. Reconociendo la incompletud recíproca de las culturas y la igualdad de valor entre éstas, se hace necesario un diálogo, que desde una hermenéutica diatópica se estructure como una estrategia cosmopolita (Santos:6). La mejor respuesta a la homogeneización es la apertura de un abanico de opciones culturales (Mohan:10).

La globalización como riesgo

Cuando se liberó al mercado de límites, garantías, valores y controles, la eficacia financiera quebró la solidaridad latinoamericana y se extendió la pobreza (Fariñas:9). Presionados por la apertura de mercados, nuestros países adelgazaron a tal grado las legislaciones laborales y tributarias, que hoy nuestras castigadas economías, en su afán por recibir inversiones extranjeras, ofrecen salarios baratos y una nula protección ambiental.

Nuestras naciones enfrentan una disyuntiva: o se comparten los beneficios económicos con las mayorías o corremos el riesgo de retornar a una de nuestras tradiciones más vieja y arraigada, el autoritarismo (Costafreda:1). La cultura popular latinoamericana añora el intercambio clientelar de prebendas y consenso, entre los pobres y el Estado (Calderón:119). Existe un marcado vínculo entre el rendimiento económico de una nación y el grado de apoyo de la ciudadanía a la democracia (Costafreda:3).

Autores como Yáñez temen que la falta de respuestas eficaces a la crisis social que cursamos en América Latina, debilite aún más nuestras economías, reduciendo el potencial de crecimiento económico, inhibiendo el mercado, reduciendo la recaudación física, fragmentando el territorio y la autoridad de los Estados; por lo que se corre el riesgo de que las crisis coyunturales devengan en disfuncionalidades estructurales y permanentes (Yáñez:19).

En el neoliberalismo, los latinoamericanos hemos vivido bajo una permanente incertidumbre. Estamos sobre una bomba de tiempo, la frustración de la expectativas pregonadas por el libre comercio puede conducir a las naciones latinoamericanas a una ruptura social (Calderón:7).

Capital social y desarrollo

Marta Portela e Isabel Neira atribuyen a Hanifan la paternidad del concepto de *capital social*. En 1916, el autor lo concibió como la buena voluntad, el compañerismo, la simpatía y las relaciones sociales entre los individuos y las familias que inte-

gran una unidad social, esos intangibles que son importantes en la vida diaria de casi toda la gente. Si una persona entra en contacto con su vecino y ellos con otros vecinos, habrá una acumulación potencial de capital social, que puede satisfacer inmediatamente sus necesidades sociales y que puede tener una potencialidad suficiente para la mejora sustancial de las condiciones de vida de toda la comunidad (Portela:1). En 1985 Pierre Bourdieu definió el capital social como las *redes permanentes y la pertenencia a un grupo que asegura a sus miembros un conjunto de recursos actuales o potenciales*. Tres años después, en 1988, James Coleman afirmó que el capital social son aquellos *aspectos de la estructura social que facilitan acciones comunes de los agentes dentro de la estructura* (Portela:2). Para Coleman el capital social se manifiesta a escala individual y colectiva. En lo particular, tiene que ver con el grado de integración social de un individuo y su red de contactos sociales, conlleva relaciones, expectativas de reciprocidad, así como comportamientos confiables. En lo general, produce orden público, por ejemplo si todos en el vecindario cuidan uno del otro y no se agreden, entonces los niños podrán caminar con seguridad a su escuela (Kliksberg:8).

Para Robert Putnam (1994:167), un estudioso de la desigualdad entre el norte y el sur de Italia, el capital social son *las características de las organizaciones sociales, tales como las redes, las pautas de interacción y la confianza que permiten la acción y la cooperación para el beneficio mutuo* (Costafreda:3). Es la confianza que ahorra conflictos potenciales, evitando los pleitos. El autor concluye que la mayor presencia de capital social en el norte de Italia explica su éxito económico y estabilidad política.

En 1997 Baas afirmaba que el capital social se refiere a la cohesión social, el consenso hacia las formas de gobierno, hacia las expresiones culturales y hacia los comportamientos que cohesionan a los individuos de una sociedad (Baas:8). Al siguiente año, Joseph definió el capital social como un vasto conjunto de ideas, ideales, instituciones y arreglos sociales, mediante los cuales los individuos encuentran voz y movilizan sus energías para lograr causas públicas (en Kliksberg:8). También en 1997, Newton percibió el capital social como un fenómeno subjetivo, compuesto de valores y actitudes que influyen la manera como las personas se relacionan entre sí, incluidas la confianza, las normas de reciprocidad, las actitudes y los valores que ayudan a las personas a trascender relaciones conflictivas y competitivas para conformar relaciones de cooperación y ayuda mutua. Bullen y Onyx (1998:8) identificaron el capital social con redes sociales basadas en los principios de confianza, reciprocidad y normas de acción.

Según el Banco Mundial, el capital social son *las instituciones, relaciones y normas que conforman la calidad y la cantidad de las interacciones sociales de una sociedad* (Collier, 1998). La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, en su informe titulado *The Well-Being of Nations; the role of human an social capital*, consi-

dera que el capital social son todas las redes, normas, valores y opiniones compartidos que facilitan la cooperación al seno y entre los grupos (Portela y Neira:2).

En su artículo “Capital social: las relaciones sociales afectan al desarrollo”, Marta Portela e Isabel Neira (Portela y Neira:1) identifican cuatro tipos de capitales sociales: a) el *social individual*, conformado por la red de relaciones útiles que posee una persona y que le permiten alcanzar ventajas y beneficios; b) el empresarial, también integrado por las relaciones que moviliza el emprendedor para obtener ventajas y beneficios; c) el *comunitario*, es decir, la capacidad de los individuos para actuar como un colectivo en busca de metas y beneficios definidos en común; y d) el *social público*, conformado por el conjunto de redes de relaciones que movilizan las instituciones públicas para realizar sus tareas. Las autoras concluyen que si bien el capital social puede ser apropiado por individuos, también puede ser utilizado por un agente de la red para obtener información o consejo. Además, puede intercambiarse por otro tipo de capitales, ya sean físicos, humanos o materiales. Pero su convertibilidad es más baja que la del capital económico. El capital social expresa relaciones de confianza y cooperación cívica (Portela y Neira:3).

En su texto seminal *Una economía con rostro humano* (Klikberg b:7), Klikberg reconoce que las familias, los grupos y los sujetos son al mismo tiempo capital social y cultural en su esencia, en tanto *portadores de actitudes de cooperación, valores, tradiciones, visiones de la realidad, que son su identidad misma*. Al ignorar su potencial, el pensamiento ortodoxo desperdicia las capacidades que el capital social comunitario podría aportar al desarrollo social. Si lograra revertirse esta tendencia, explorando y valorándolo, el capital social podría entrar en sinergia con las otras dimensiones de la promoción del desarrollo. Aplicando su enfoque metodológico (Klikberg:3) de “registrar en acción” el capital social, el autor descubre que la autogestión social de los pobres es una de las más poderosas expresiones del capital social en América Latina.

Capital humano y desarrollo

Otra palanca esencial para el desempeño económico es el enriquecimiento de las capacidades humanas o el capital humano, pues ambos se refuerzan entre sí. Amartya Sen insiste en que el objetivo del desarrollo no puede ser otro que el de dotar a las personas de las capacidades necesarias para obtener satisfactorios. Es prioritario que la vida humana sea de calidad, prolongada y satisfactoria; para ello se requieren recursos de salud, educación, empleos que ofrezcan los ingresos suficientes para una vida digna, e información en el momento de tomar decisiones trascendentes. La vivienda, el vestido, la alimentación y el tiempo libre, permite a las personas laborar con mayor productividad.

El bienestar humano y las ganancias no son antitéticos, pueden alcanzar la sinergia dentro de un círculo virtuoso, donde lo social impulse lo económico y viceversa (Yáñez:2). Al analizar los informes sobre el desarrollo humano del PNUD, Yáñez (2003:1) demostró que los países que lograron el mejor desempeño en el Índice de Desarrollo Humano, son los mismos que alcanzaron el mayor progreso económico; en contrapartida, los países más pobres registraron el menor desarrollo humano. Sin duda la acumulación de capital humano es un factor clave para una política de desarrollo.

Kliksberg también considera que el capital humano es un vía fundamental para elevar la productividad, el progreso tecnológico y la competitividad en el mundo del mercado, por el papel decisivo que el capital humano juega en su desempeño. La educación es esencial en la productividad de las empresas, en el desempeño macroeconómico de una nación, en la vida de las personas y en las familias; con la inversión en educación todos ganan.

Portela y Neira resaltan el papel que desempeña el capital social en la generación del capital humano, pues el capital social o las relaciones que poseen las familias y las comunidades determina el capital humano con que contarán sus hijos en la siguiente generación. Por ejemplo, la ausencia de los adultos en el cuidado de los niños es una deficiencia estructural del capital social familiar. En el caso de las familias que dependen de una madre soltera, la carencia de capital social se agudiza cuando no hay ni una abuela o vecina que atienda a la prole. También se presenta el caso de familias donde los padres poseen un gran capital humano, del cual no se benefician sus hijos porque tanto la madre como el padre trabajan fuera de casa.

Bajo la presión de entidades financieras internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, los países de América Latina aplicaron severos programas de ajuste al consumo interno, recortaron las prestaciones sociales en salud y educación, a fin de estabilizar la economía. El costo social de tales medidas fue pagado por los más pobres y las capas medias que se depauperaron. Además, se privatizaron las empresas estatales, se desregularon los mercados y se flexibilizaron las condiciones laborales. Las consecuencias son evidentes, entre 1985 y 1995 creció la proporción de pobres en términos absolutos y relativos. Según cifras de la CEPAL, 45.9 por ciento de la población latinoamericana se encuentra bajo la línea de la pobreza. Mohan, en su artículo "Cultura y desarrollo económico", advierte que la estructuración del orden mundial alrededor de las empresas transnacionales y los mercados débilmente regulados, está originando una serie de problemas como la lenta erosión del Estado de bienestar, las amenazas contra el ambiente local y global, la crisis de la seguridad alimentaria, la violación sistemática de los derechos laborales, la violación de los derechos humanos, la ética médica y científica de dos caras. En su artículo para el Banco Mundial, Víctor Pérez-Díaz reconoce que en la actualidad buena parte del mundo no es segura, la violencia, el auto-

ritarismo y la corrupción asolan al tercer mundo. Según Alessina y Peroti (1994), los países con un ingreso más desigual son políticamente más inestables.

Greider señala que la expansión mundial de los mercados está a punto de socavar la cohesión social y nos puede llevar a una crisis política o económica, o a ambas (Greider, 1997). En los países desarrollados, el origen de las tensiones se encuentra en la desigualdad en las rentas y los salarios. En la América Latina subdesarrollada, las amenazas son las medidas de austeridad presupuestal, el incremento del desempleo, el deterioro del ambiente, la profundización de las diferencias salariales, la pérdida de la seguridad social y la inseguridad económica.

Ante esta situación, coincido con Morin y Kliksberg, quienes afirman que la excesiva pobreza en América Latina demanda una economía vinculada con la ética. Una economía que crezca y sea competitiva en el mercado, pero que vaya acompañada de políticas públicas que favorezcan el desarrollo de los niños, de los jóvenes, del empleo, de la salud y de la educación. Necesitamos con urgencia inversiones sistemáticas en la gente, una economía global con *rostro humano* (Kliksberg:3) que pague la deuda social contraída por quienes explotan con voracidad nuestros recursos.

El capital humano en acción, una respuesta al subdesarrollo

En América Latina, los pobres, con sus proyectos de participación popular para el desarrollo, han demostrado que la puesta en acción de su capital social y humano es una alternativa real frente a las propuestas del asistencialismo paternalista y se han convertido en agentes de su propio desarrollo. Joaquín Támara (2003) considera que la participación popular es parte sustancial del derecho al desarrollo, pues el ser humano debe ser el principal beneficiario de dicho derecho, en tanto titular y destinatario. La participación popular supone integrar a las personas y a los grupos desfavorecidos, como los pobres, las víctimas del mercado, las mujeres y los indios en la dirección de su propio destino, a partir de su propio esfuerzo. Gabriela Cardarelli sostiene que la *gestión asociada* de los programas de desarrollo entre las autoridades y la sociedad civil favorece el trabajo planificado y la interacción de los colectivos humanos en su gestión y desempeño (Cardarelli:1). Por su parte, Sonia Fleury (en Vicherat:2) considera que los proyectos de desarrollo son un campo propicio para la configuración de nuevas formas de autonomía e inclusión alternativa de los actores sociales emergentes. Diego Pando introduce una novedosa interpretación del concepto de *selectividad* centrada en la ayuda para el desarrollo. Como la pobreza es heterogénea, los proyectos de desarrollo deben partir de una orientación diferencial. El autor pregunta: ¿quién mejor que los propios afectados para identificar las peculiaridades de los problemas que deben resolver?

En las últimas décadas, el retiro del Estado de sus funciones sociales ha prolijado la conformación de múltiples asociaciones rurales y urbanas en América Latina. Manuel Feo de la Cruz da cuenta de la diversidad de asociaciones vecinales, organizaciones no gubernamentales, uniones sociales voluntarias, grupos ambientalistas y microempresarios informales que han respondido a las carencias populares (Feo de la Cruz:4). Asociaciones que a pesar de cubrir “espacios de interés público”, no forman parte ni del Estado ni del mercado.

Antropólogos como June Nash en Chiapas, Gustavo Lins Ribeiro en Brasil, Stacey Pigg en Nepal y Havalkof en el Amazonas del Perú, han experimentado la emergencia de dichas asociaciones promoviendo proyectos de investigación-acción participativa en diversas partes del tercer mundo, en las que se han combinado la autonomía comunitaria y cultural con la integración de estructuras sociales para mejorar las condiciones de vida de las comunidades (Mantilla:3).

En el cumplimiento de su tarea de *registrar en acción* las posibilidades del capital social, Bernardo Kliksberg ha identificado los rasgos comunes a tres experiencias de desarrollo social latinoamericanas exitosas: en una villa miseria del Salvador, en las ferias comerciales de Barquisimeto y en la sobresaliente experiencia del presupuesto participativo en Porto Alegre (Kliksberg:18). En todos los casos, la estrategia fue movilizar formas de capital social no tradicional, lanzando a la acción las capacidades latentes de los grupos sociales para generar soluciones a sus propios problemas. El rasgo compartido por estos experimentos sociales fue la búsqueda colectiva de respuestas y la ejecución cooperativa de las mismas. En los tres casos se creó un clima de confianza entre los actores, se partió de sus propias culturas y se alentó el bienestar general. *El estímulo a estos factores, y otros semejantes, creó energías comunitarias y organizacionales que pudieron llevar adelante amplios procesos de construcción* (Kliksberg:18). Estas experiencias no han sido sino formas de un empoderamiento popular, que evoluciona en función de las capacidades de los actores sociales para realizar sus propios deseos y aspiraciones.

Sin duda, *la idea del empoderamiento se manifiesta en todos los ámbitos de la interacción social. La encontramos cuando se da la palabra a quienes carecen de derechos, cuando se permite que los débiles y marginados tengan acceso a los instrumentos y los materiales que requieren para forjar su propio destino* (Alonso:21).

A continuación se presenta a los lectores el *registro en acción* de la experiencia de autoconstrucción de viviendas, realizada por un grupo de damnificados por los sismos de 1985 en un barrio pobre de la Ciudad de México.

Ayuda mutua en la Ciudad de México

Sin más cobijo que un sueño,
luchamos por una vivienda digna.
Campamentos Unidos.
Ciudad de México, septiembre de 1985.

El 19 de septiembre de 1985, la Ciudad de México, una de las capitales más pobladas del mundo, fue sacudida por dos poderosos sismos que dejaron a 54 mil damnificados sin vivienda. Los más afectados fueron los vecinos pobres de los barrios del Centro Histórico. Aunque las cifras de los muertos y desaparecidos nunca se llegará a conocer, baste saber que el estadio de la liga de beisbol profesional fue habilitado como morgue.

La televisión mundial transmitió las imágenes de los miles de personas de diversos estratos sociales y nacionalidades que participaron en el rescate. Cuando todos creíamos que imperaba el egoísmo, la masiva e inesperada ayuda mutua renovó la esperanza. Enormes cadenas humanas removieron los escombros de los grandes edificios derrumbados para rescatar a las víctimas. Pocas veces como en aquellos días, el capital social puesto en acción ha dado tantos frutos.

Relataremos la experiencia de reconstrucción, protagonizada por los miembros de Campamentos Unidos. Una unión de damnificados de la colonia Guerrero, antiguo barrio que comparte con Tepito los rasgos de la cultura de la pobreza estudiados por Oscar Lewis.

Mujeres solas y autoconstrucción

Después de los sismos, en la calle de Zarco, un grupo de vecinas que se identificaban como *mujeres solas*, derramaron lágrimas amargas cuando desalojaron sus deterioradas viviendas. Madres pobres, solteras, viudas, separadas o abandonadas, clamaban "¿Qué voy a hacer yo sola?"

Las mujeres solas junto con un grupo de profesores y estudiantes de antropología y arquitectura, decidieron iniciar un programa de autoconstrucción congruente con la *cultura de intercambio recíproco* de bienes y servicios propia del barrio, que incluye información, entrenamiento y ayuda para el empleo, compartir bienes en común, servicios, así como apoyo emocional y moral (Adler Lomnitz, 1994:72-77). Sus principales recursos fueron el apoyo mutuo de las vecinas y los conocimientos de profesores y estudiantes. Mientras las abuelas preparaban los alimentos para los bebés y los niños

en una cocina comunitaria, las mujeres pusieron manos a la obra, derribando los escombros para iniciar la reconstrucción.

Entre las burlas de los machos del barrio, el mundo se trastocó: las mujeres trabajaron “como hombres”, los niños como *medias cucharas*, los estudiantes eran profesores de albañilería, las niñas grandes eran mamás de los más pequeños, los antropólogos preparaban la mezcla y las amas de casa administraban la obra.

Con el aval del esfuerzo colectivo, la organización logró obtener algunos de los financiamientos proporcionados por la solidaridad internacional a los damnificados de la Ciudad de México. Al irse consolidando el trabajo de autoconstrucción, Campamentos Unidos fue adquiriendo su propio perfil concretado en dos estrategias: una de ayuda mutua para la autoconstrucción y otra de concertación, para el trato con las autoridades. Dichas estrategias, junto con la influencia personal de sus dirigentes, permiten entender algunas de las posibilidades y limitaciones de la organización y el sentido de su desarrollo.

La ayuda mutua y el financiamiento internacional permitieron a Campamentos Unidos construir viviendas de 63 metros cuadrados en promedio, 23 metros más grandes que las edificadas por el programa oficial de Renovación Habitacional Popular.

Otra rica experiencia, producto de la estrategia de autoayuda, fue el papel protagónico desplegado por las mujeres en los trabajos de construcción de sus viviendas, cristalizada en las vecinas que de amas de casa pasaron a ser responsables de la supervisión de las obras de construcción, tarea donde superaron a los hombres, no sin contradicciones. A lo largo del proceso la autoayuda se enfrentó cotidianamente al egoísmo del interés privado, manifestado entre otras formas por la envidia y los chismes entre los vecinos.

Por lo limitado del financiamiento, la organización se vio obligada a restringir el ingreso de otros damnificados en su seno, apareciendo así, como elitista ante las otras organizaciones de la colonia, lo cual limitó la difusión de la experiencia autoconstructiva.

El proceso alcanzó tan buenos resultados, que la constructora privada que se contrató para evaluar los costos, evaluó las construcciones en un precio menor al del mercado. Los profesores y estudiantes de arquitectura desplegaron un codiseño de las viviendas, con un novedoso método de presentación de proyectos en maquetas, que eran discutidos y rediseñados por las vecinas. En el prototipo de vivienda José Revueltas, se cristalizaron los planteamientos teóricos de una arquitectura *pobre*, adecuada a la mayoría de la población: asalariados de bajos ingresos y desempleados, agrupados en organizaciones independientes; autogestionada, donde los usuarios fueron a la vez autores y constructores; abierta a crecimientos futuros; científica, al superar la contradicción entre necesidad espacial máxima, frente a posibilidad y recursos mínimos; y

al mismo tiempo poética, al usar el mínimo de componentes expresivos con una máxima densidad semántica (González, 1987).

Como síntesis concreta de las necesidades e intereses de los damnificados y el desarrollo teórico de la arquitectura comprometida, el prototipo de Vivienda José Revueltas tuvo las siguientes características:

- a) Todas las viviendas son unifamiliares y están desplantadas en el suelo;
- b) tienen dos o tres niveles, para garantizar tres alojamientos con la función específica de dormitorio;
- c) el espacio de usos múltiples: estar-comer-trabajar, tiene un mínimo de dieciséis metros cuadrados en todo el ancho del lote, y ventilación e iluminación directa a un patio sobre el que se pueden extender en las fiestas o la actividad productiva;
- d) tienen acceso a las viviendas a través de la azotehuela para dar privacidad a la vivienda, y a ella dan las ventanas del prototipo;
- e) la cocina está en local anexo al espacio estar-comer-trabajar, pero independiente por la forma de cocinar mexicana. La batería del fregadero dispone de vista al patio-azotehuela;
- f) el patio-azotehuela tiene banca, lugar para tanque de gas, lavadero y posición para tender la ropa;
- g) cuenta con un espacio terraza que permite un crecimiento posterior.

Burkhard Bondzio del Servicio Civil Internacional, con sede en Bonn, registró algunas de las instituciones que financiaron la reconstrucción: Junior League y Obreros Suizos, en Pedro Moreno 142; también Obreros Suizos, en Pedro Moreno 133, Zarco 67, Nopal 90 y 96; la Cruz Roja suiza apoyó con fondos de la FIFA a Zarco 81 y 197, Lerdo 106 y Luna 138; Crisantemo Amarillo a Zarco 69; y Casa de los Amigos a Soto 108.

La Unidad de Promoción y Atención a la Salud

Campamentos Unidos no limitó sus perspectivas a la autoconstrucción, desde un principio se planteó un proyecto para la reconstrucción integral de la vida, incluyendo educación, abasto, salud, autoempleo, entre otros.

La organización contó desde marzo de 1986 con un pequeño dispensario atendido de manera entusiasta por un médico de la fundación Crisantemo Amarillo. Al irse consolidando la unión, se tomó la decisión de instalar una clínica de *nuevo tipo* que

aplicara la autogestión en salud en concordancia con la política de construcción por ayuda mutua, bajo los siguientes objetivos:

- a) Revitalizar el concepto de salud-enfermedad.
- b) Deslindar con precisión la diferencia y especificidad de los conceptos de antropología médica, salud-enfermedad, participación popular, autogestión, y las prácticas de atención a la salud.
- c) Deslindar el universo de la concepción y del conocimiento diferenciado entre la práctica médica popular y la hegemónica.
- d) Analizar las perspectivas de participación y autogestión en la defensa y mejoría de las condiciones de salud.
- e) Aportar elementos de conocimiento sobre la situación social y las condiciones de salud del colectivo por medio de la investigación para el diseño, organización y seguimiento de una clínica popular de salud donde se contemplaran la atención y promoción a la salud a partir de la participación popular (Texeira:4).

Entre febrero y el 18 de mayo, día en que se inauguró oficialmente la unidad de atención a la salud, y con la sinergia por el ambiente de la autoconstrucción, los miembros del equipo médico trabajaron febrilmente en la elaboración del proyecto de atención; se acondicionó la casona para convertirla en clínica; se construyeron anexos y se hicieron modificaciones arquitectónicas; los médicos prestaron sus propios instrumentos y equipo para dar el servicio; se tuvieron largas y profundas discusiones sobre la autogestión de la salud, la relación médico-paciente y las medicinas alternativas; se participó en las campañas de vacunación; se realizaron gestiones ante la Secretaría de Salud para el funcionamiento de la clínica; los miembros del equipo de salud participaban además en el trabajo de autoconstrucción, en demoliciones y en el colado de lozas.

Miembros de la comunidad interesados en la salud se fueron integrando al equipo; con la madera recuperada en la demolición se hicieron los muebles de la clínica; se ofrecía el servicio de acupuntura y masoterapia; se participaba en las reuniones de la unión; se impartían cursos de microdosis; se visitaban las vecindades para realizar consultas colectivas; se montaban obras de teatro infantil, entre otras muchas actividades.

El balance de la organización resulta muy favorable, pues según Armando Cisneros, desarrolló el programa de reconstrucción más exitoso en la Ciudad de México por ser uno de los mejores logrados en su arquitectura; cualitativamente superior a los programas oficiales de reconstrucción. Además, transformó la vida de algunas de las mujeres participantes.

En esta experiencia de capital social *registrado en acción*, un grupo de mujeres desposeídas que sólo contaban con el capital social de sus relaciones mutuas, se em-

barcó en un proyecto de autoconstrucción por ayuda mutua. El capital humano de los profesores orientó un proyecto de investigación-acción congruente con la *cultura de la pobreza* del barrio. Los estudiantes en tanto capital humano en formación aportaron el diseño de la obras. Las vecinas que se integraron en los Comités de Salud, los médicos y las enfermeras, aportaron el capital social y humano para construir la clínica alternativa. Los generosos donativos de las organizaciones no gubernamentales internacionales entraron en sinergia con la riqueza del capital social y humano de vecinas, profesores y estudiantes para levantar las mejores viviendas construidas después de los sismos de septiembre en la Ciudad de México.

Bibliohemerografía

- Adler Lomnitz, Larissa, *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1994.
- Alessina A. y Roberto Perotti, "The Political Economy of Growth: A Critical Survey of the Recent Literatur", *The World Bank Economic Review*, vol. 8, núm. 3, 1994.
- Alonso de, Javier E., *Cultura, desarrollo, empoderamiento, patrimonio*, Centro Unesco de Andalucía, s.f.
- Anand, Sudhir y Amartya Sen, "Desarrollo humano y sostenibilidad económica", *Political Research Quartely*, vol. 49, núm. 3, 1996.
- Arizpe, Lourdes, *La cultura como contexto del desarrollo*.
- Baas, Stephan, "Participatory Institutional Development", Conference on Sustainable Agriculture and Sand Control in Gansu Desert Area, 1997.
- Banco Mundial, Informe de situación. Director gerente del FMI y del presidente del Banco Mundial, iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados. <http://www.worldbank.org/hipc/spanish/sp-prog-dr-gen-fmi>, 21 de abril de 1999.
- Beneyto, J.M., "Contra la globalización", *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, núm. 50, abril-mayo, 1997.
- Bordieau, Pierre, mencionado por Benhamou, Francaise, *La economía de la cultura*, Trilce, 1986.
- Bullen, Paul y Jenny Onyx, *Measuring Social Capital in Five Communities in NSW*, Center for Australian Community Organizations and Management, Working Paper Series núm. 41, Sydney, University of Technology, 1998.
- Calderón, Fernando, Potenciar la sociedad para fortalecer el desarrollo. Una perspectiva crítica del desarrollo humano. Desde la experiencia latinoamericana, http://www.iigov.org/papers/?p=5_0025, 3 de julio de 2003.

- Cardarelli, Graciela y Mónica Rosenfeld, *La gestión asociada: una utopía realista*, Universidad de Buenos Aires, http://www.iigov.org/documentos/?p=5_0079, 8 de junio de 2003.
- Coleman, James, *Foundations of Social Theory*, Boston, Harvard University Press, 1990.
- , *Social Capital in the Creation of Human Capital*, en Dasgupta, Partha y Seragledin Ismail (eds.), *Social Capital: A Multifaceted Perspective*, Washington, D.C., The World Bank, 2000.
- Colier, Paul, *Social Capital and Poverty*, The World Bank: Social Development Family. Environmentally and Socially Sustainable Development Network. Social Capital Initiative. Working Paper No. 4, noviembre de 1998.
- Cornia, Giovanni Andrea, *Convergencia sobre asuntos de gobernabilidad, disenciones sobre políticas económicas*. Analizando el Informe del Banco Mundial de 1997, http://www.iigov.org/revista/?p=2_08, 3 de julio de 2003.
- Costafreda, Andrea, *¿Cuánta pobreza tolera la democracia?*, IIGC, http://www.iigov.org/dhial/?p=42_02
- Esquiza, Fran, *Amartya Sen y sus aportaciones a la teoría del desarrollo: algunas reflexiones*, Instituto Internacional de Gobernabilidad, s.f.
- Faría, J., "Democracia y gobernabilidad: los Derechos Humanos a la luz de la globalización económica", *Revista Travesías*, núm. 1, 1996.
- Fariñas, Dulce, M. J., *Los Derechos Humanos: desde la perspectiva sociológica jurídica de la actitud postmoderna*, Madrid, Dykinson, 1997.
- Feo de la Cruz, Manuel, *La reformulación del rol del Estado y la apertura de nuevos espacios para la acción y la participación ciudadana*, Universidad de Carabobo, http://www.iigov.org/dhial/?p=39_05, 18 de junio de 2003.
- Fleury, Sonia, *Política social, exclusión y equidad en América Latina*, Instituto Interamericano para el Desarrollo Social, BID, http://www.iigov.org/resenas/?p=4_0132, 3 de julio de 2003.
- González Lobo, Carlos, *Teoría de la arquitectura. Notas sobre una arquitectura pobre*, Cuadernos de Material Didáctico, Taller Autogestivo José Revueltas, Facultad de Arquitectura, UNAM, núm. 2, 1987.
- Greider, W., *One World, Ready or Not the Manic Logic of Global Capitalism*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997.
- Iglesias, Enrique V., Prefacio a L. Emmerij y J. Núñez del Arco (comp.), *El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo, 1998.
- Joseph, James, *Democracy's Social capital: Civil Society in a New Era*, Address, 15 de enero de 1998.
- Kliksberg, Bernardo, *Capital social y cultura. Claves olvidadas del desarrollo*, Paper 29, http://www.iigov.org/papers/?p=5_0029

- , *Una economía con rostro humano para la Argentina y para América Latina*, Biblioteca digital, Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo, <http://www.iadb.org/etica>
- Lasagna, Marcelo, *Gobernabilidad y desarrollo humano: una nueva aproximación al desarrollo*, http://www.iigov.org/documentos/?p=3_0014
- Lo Biondo, Gaspar S.J., *Las responsabilidades éticas de los actores del desarrollo*, Woodstock Theological Center, Georgetown University, Biblioteca Digital, Iniciativa interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo, <http://www.iadb.org/etica>
- Lucas de, J., “Globalización y Derechos Humanos”, *Jueces para la democracia*, núm. 32, julio, 1998.
- Mantilla, Alejandro, comentarios a Escobar, Arturo, “Antropología y desarrollo”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 154, Universidad Nacional de Colombia, http://www.iigov.org/resenas/?p=3_0133, 18 de junio de 2003.
- Mohan Rao, J., *Cultura y desarrollo económico*, Universidad de Massachusetts, s.f.
- Morin, Edgar, “Estamos en un Titánic”, Documento, Biblioteca Digital, Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo, <http://www.iadb.org/etica>
- Martín, Óscar L. S.J., *Desarrollo y Cultura*, Pensamiento Latinoamericano, Asunción, Paraguay, s.f.
- Newton, Kenneth, *Social Capital and Democracy*, American Behavioral Scientist, marzo-abril, 1997.
- OCDE, *The Well-being of Nations, The Role of Human and Social Capital*, 2001.
- Oriol, Juan, comentario a Sudhir Anand y Amartya Sen, “Desarrollo Humano y sostenibilidad económica”, http://www.iigov.org/resenas/?p=3_0119, 3 de julio de 2003.
- Pando, Diego, *La problemática social contemporánea en América Latina*, Universidad de San Andrés, Argentina, http://www.iigov.org/dhial/?p=42_06, 18 de junio de 2003.
- Pérez-Díaz, Víctor, *Globalización y tradición neoliberal*, Buenos Aires, BID-Instituto para la integración de América Latina y el Caribe, 2000.
- Portela, Marta e Isabel Neira, *Capital social: las relaciones sociales afectan al desarrollo*, Universidad de Santiago de Compostela, http://www.iigov.org/documentos/?p=3_0106
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, *Aprovechando las potencialidades*, Informe sobre Desarrollo Humano en el Perú, 2002, http://www.iigov.org/documentos/?p=3_0107, 18 de junio de 2003.
- Putnam, Robert, *Para hacer que una democracia funcione*, Venezuela, Galac, 1994.
- , *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1994.

- , *Social Capital: Measurement and Consequences*, Kennedy School of Government, Harvard University, Symposium on the Contribution of Human and Social Capital to Sustained Economic Growth and Well Being, Quebec, marzo, 2000.
- , *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon and Schuster, 2000.
- Rey, Germán, *Estudios y experiencias*, s. f.
- Ribotta, Silvina Verónica, *Globalización versus Derechos Humanos. ¿Pueden configurarse los Derechos Humanos como una estrategia emancipadora en el actual contexto de globalización neoliberal?*, Universidad Nacional de Córdoba, http://www.iigov.org/documentos?p=6_0091, 18 de junio de 2003.
- Rodrik, Dani, *Cuatro simples principios para la gobernabilidad democrática de la globalización*, Fundación Friedrich Ebert, <http://www.demglob.de/rodrikpaper.html>
- Saldomando, Ángel, *Medir la gobernabilidad. ¿Quimera o instrumento de trabajo?*, http://www.iigov.org/documentos?p=4_0117, 18 de junio de 2003.
- Santos B. de Sousa, *La transición postmoderna: derecho y política*, Doxa núm. 6.
- , "Hacia una concepción multicultural de los Derechos Humanos", *Revista Análisis Político*, núm. 31, mayo-agosto.
- Sen, Amartya, "Teoría del desarrollo a principios del siglo XXI", en L. Emmerij y J. Núñez del Arco (comps.), *El desarrollo económico y social en el umbral del siglo XXI*, Washington D.C., Banco Interamericano de Desarrollo, 1998.
- Sen, Amartya, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*, Oxford, Clarendon Press, 1981.
- Stiglitz, Joseph, *Towards a New Paradigm for Development: Strategies, Policies and Processes*, Prebisch Lecture, UNCTAD, octubre de 1998.
- , *Más instrumentos y metas más amplias: desde Washington hasta Santiago*, Banco Mundial, abril de 1998.
- Támara, Joaquín, *Desde los Derechos Humanos hasta el derecho al desarrollo en el sistema de Naciones Unidas. ¿Existe un verdadero derecho al Desarrollo Humano?*, IIG, http://www.iigov.org/dhial/?p=16_04, 3 de julio de 2003.
- Texeira, Jussara, *Acerca del inicio formal de la Clínica Popular de Salud de Campamentos Unidos*, México, UPASCU, s.f.
- Vicherat, Daniela, comentarios a Fleury, Sonia, "Política social, exclusión y equidad en América Latina", *Revista Nueva Sociedad*, 156, http://www.iigov.org/resenas/?p=4_0132
- Woolcock, Michael, *Social Capital in Theory and Practice: Where do we stand?* Development Research Group, The World Bank, 21st. Annual Conference on Economic Issues, The Role of Social Capital in Determining Well-Being: Implications for the Teaching and Practice of Development and Environmental Economics, Department of Economics, Vermont, Middlebury College, abril de 2000.

- , *The Place of Social Capital in Understanding Social and Economic Outcomes?*, The World Bank, Symposium on the Contribution of Human and Social Capital to Sustained Economic Growth and Well-Being, Quebec, marzo de 2000.
- World Bank, *Beyond the Washington Consensus*, Institution Matter, 1998.
- World Bank, *World Bank Governance and Poverty Reduction*, Background paper to the World Bank report , *Attacking Poverty*, abril de 2000.
- Yáñez, César, *El capital humano y las políticas sociales en la agenda del desarrollo centrado en las personas*, Universidad de Barcelona, http://www.iigov.org/revista/?p=8_09, 3 de julio de 2003.